

19 de Octubre de 2001

CHALES, VELOS, FALDAS AVOLANTADAS, JOYAS ÉTNICAS: METÁFORA DEL HORROR ORIENTAL AL VACIO

Las mujeres también llevan *shalwar kamiz*, cubierto por la *burka* en Afganistán. Esta es una funda en forma de tienda de campaña que las cubre de la cabeza a los pies, complicadísima pieza de sastrería tableada, con una rejilla de filtré para los ojos, primorosos bordados monocromos para las que se lo pueden permitir y acompañado de la *dupatta* en Paquistán y la India.

La *dupatta* es una especie de velo que ha de ocultar el pecho, y el cabello, si se es una ortodoxa musulmana. En zonas del sur y de la India también sirve para ocultar la cara, conforme al *pardah*, norma preexistente al Islam en el Subcontinente.

La *dupatta* es una importantísima institución de origen indio. Prohibido salir a la calle sin ella. Simboliza el honor, pero su carga simbólica tiene desmedido alcance, pues no solo desempeña un papel importante en el arte, la literatura y los ritos familiares. También ha sido el *leit-motiv* de las escasas manifestaciones feministas que por aquí se han dado, consistentes a menudo en "la quema de la *dupatta*". Una anciana brahmana me explicó en Delhi, que, tanto el *sari* como la *dupatta* cumplían con el honorable cometido de cubrir y proteger la función sagrada del pecho que amamanta, fuente de vida.

La *dupatta*, salvo en casos de extrema pobreza, armoniza siempre con los tonos del *shalwar kamiz*. Este cuidado mantiene vivo a un curioso y antiquísimo gremio: el de los tintoreros. Las mujeres -y muchos hombres- no sabrían vivir sin ellos. En sus covachas, repletas de marmitas burbujeantes, tiñen trajes y *dupattas*, conforme a la muestra facilitada por el consumidor, o, como son artistas, crean el tono soñado que les describe el cliente. Si éste no queda satisfecho, vuelven a sumergir el tejido dentro del caldero, añaden polvos o sal con una cucharita e imparten consejos de alquimista.

Los tintoreros personalizan la vestimenta ya de por sí brillantísima y conspicua de las paquistaníes, pese a que cada vez es mayor la oferta de telas estampadas, producidas en tríos de diseños coordinados (diferentes cada uno para *dupatta*, *kamiz* y *shalwar*, pero siempre en acorde armonía) por la enorme industria textil del país.

Otra de las razones por las que nunca dos paquistaníes pueden disgustarse por coincidir con el mismo modelo son los bordados que todo lo emperejilan dados el *horror vacui* de esta civilización y el bajo precio de la abundante mano de obra. El mismo desenfreno afecta a las joyas y a la profusión de joyerías en las ciudades. La joyería étnica del mundo rural es un tema profundo y fascinante, inabarcable para una página web.

En el Sur las mujeres visten amplias faldas avolantadas, de colores todavía más fieros, como en el Rajastán indio vecino, pero siempre con *dupatta*, esta vez desentonando, nunca a juego. El *sari* en Paquistán se reserva para ocasiones especiales, salvo en Karachi.

En invierno, tanto hombres como mujeres se envuelven en chales, con un porte y una elegancia, como fuera del tiempo, difíciles de describir.

En Islamabad conviven todos los estilos, y las más atrevidas llevan *kamiz* sin mangas en las fiestas nocturnas. Dado el tremendo calor del verano, me hice coser un *kamiz* de manga corta, prenda común en verano entre las mujeres de clase media de la capital, educadas y occidentalizantes. Nada más verme, un mecánico, viejo conocido de mi marido, le ofreció dinero cariacontecido "ya que parece no tener suficiente para tela con que vestir a su mujer".